

ENTRE LAS SOMBRAS CRECIENTES DEL CAMPOSANTO

Esa oscura y fría tarde del tres de noviembre había transcurrido con una inusitada calma sólo perturbada por ocasionales ráfagas de aire helado. Pero a medida que se perdían los últimos reflejos del pálido sol bajo el tinte anaranjado de las nubes, el viento comenzó a soplar más intenso, más furioso, para al final embestir con un ímpetu sobrecogedor, como presagio de la llegada de la más negra de las oscuridades jamás vista, fruto de las tinieblas de la noche invernal, coronadas por la densa masa de nubes que había cubierto el cielo con su avance imparable y amenazador.

Los viejos y altos cipreses del cementerio se doblaban hacia el suelo ante la imposibilidad de presentarle resistencia a la descomunal fuerza desatada que parecía querer derribarlos, mientras el frío lo invadía todo con su desagradable hostilidad, a la que pronto se le añadirían las primeras gotas de lluvia. Los débiles brillos que desprendían las pocas velas que desde el día de difuntos aún se mantenían encendidas sobre las lápidas o junto a los nichos comenzaron a extinguirse, apagados por el viento, a la vez que pétalos, flores y ramos enteros, que aún conservaban ligeros rastros del esplendor y la frescura que habían lucido hacía tan solo dos días, eran barridos y arrastrados por la corriente entre el estallido de los jarrones abatidos que se estrellaban contra el suelo.

Leonor caminaba con dificultad entre las sombras crecientes del paseo central del camposanto, debatiéndose contra el viento con los brazos cruzados sobre su pecho y su cuello encogido bajo la capucha del impermeable que el vendaval trataba de arrebatarle tirando de él en todas direcciones. Se le había hecho tarde, y ahora la noche y la tormenta la habían sorprendido en el interior del cementerio, algo que no le gustaba que sucediera nunca, pero aún menos en una noche tan horrible como aquella.

A Leonor no le gustaba el cementerio, en realidad la asustaba, pero era una tarea que se había autoimpuesto para honrar la memoria de su difunto padre. Si ella no hubiese decidido aceptar esa herencia, nadie se habría atrevido a hacerlo jamás, y el cementerio habría quedado aún más abandonado, desolado y ruinoso de lo que ya era a pesar de sus continuos esfuerzos.

Lo cierto es que en las largas y cálidas tardes de verano incluso resultaba agradable pasear bajo la sombra de los cipreses que colindaban el paseo entre la quietud y el silencio que reinaban en el ambiente. Pero con la llegada del ocaso todo aquello se transformaba en un paisaje sombrío y tenebroso, tan frío y gris como las lápidas que allí se alzaban. Y lo que antes era la bella estatua de un ángel esculpida en reluciente mármol blanco junto a la tumba de un niño ahora era un rostro tétrico y amenazador que te dirigía una lóbrega mirada entre el resplandor de las velas. Y el bosque de cruces donde se repetían destellos repentinos, producidos por los reflejos de la luna sobre los mármoles, y donde siempre parecía haber sombras en continuo movimiento de un lado para otro, se alzaba opresivo, inquietante, aprisionador.

Pero esa noche ni siquiera había luna que se pudiese reflejar sobre las cruces, la oscuridad se cernía sobre todo aquel paisaje como un pesado manto. Leonor se consolaba al pensar que al menos se le había hecho tarde por un motivo justificado: había estado reparando y reforzando la cobertura de la fosa donde había caído aquel muchacho el día de Todos los Santos.

Aquella fue la vivencia más traumática que sufrió Leonor en todo su tiempo de dedicación al cementerio. Peor aún que esa otra tarde de abril, que llegó tras una semana de cielo gris en la que la lluvia se había convertido en algo tan habitual del paisaje como la lejana sierra que se recortaba en el horizonte, esa tarde en la que Leonor fue testigo de como cedían los cimientos de la lápida de la familia Usera, enmohecidos como estaban por el paso del tiempo, y de cómo, entre los pedazos de piedra rota, comenzaron a surgir decenas de ratas chillando y corriendo, huyendo del agua que entraba a borbotones.

El niño simplemente estaba jugando en la zona más nueva y despejada del cementerio, donde las fosas excavadas, pero aún sin ocupar, esperaban, tapadas por una capa de finos ladrillos cubiertos de cemento, albergar algún día los restos de las personas cuyas iniciales se podían leer esculpidas en ese cemento. De hecho, el juego del muchacho consistía en saltar de una a otra de estas fosas, mientras su madre desgranaba los misterios del rosario frente a la tumba del abuelo del pequeño. Pero al posar sus pies sobre una de ellas el débil revestimiento crujió y se quebró bajo el peso del chiquillo, que se vio arrojado al fondo del abismo a la vez que un grito desesperado abrasaba su garganta.

Todos en el cementerio escucharon aquel sobrecogedor alarido que rasgó el delicado murmullo de las oraciones, y que fue seguido de los de su madre voceando su nombre.

Cuando llegaron ante la sepultura, encontraron en su fondo al niño; pálido, silencioso, con los ojos desorbitados y el gesto petrificado, como si al haber invadido un lugar reservado para los difuntos, la muerte se lo hubiese llevado consigo como castigo a tal profanación. Sólo un temblor descontrolado que sacudía convulsivamente el menudo cuerpecillo del muchacho les hizo ver que no era así.

Y mientras la madre intentaba infructuosamente obtener una respuesta por parte de su hijo, Leonor se precipitó en busca de una escalera. Al regresar con ella había ya un hombre dentro del hueco apretando al chiquillo aún tembloroso contra su pecho. Cuando finalmente el niño se vio de nuevo en los brazos de su madre, rompió a llorar de forma incontrolada, salvaje, estremecedora, contagiando las lágrimas a su madre y a algunos de los allí presentes. Sin embargo, a pesar de su gran carga de amargura, aquel llanto inconsolable representaba también un gesto de liberación, la manifestación de vida por parte del pequeño que todos habían estado esperando y que les alivió de la presión que hasta ese momento oprimía sus pechos.

Pero más desgarradores que esos incidentes eran los recuerdos que, como fantasmas malditos, surgían una y otra vez de lo más profundo de la mente de Leonor, agrandando su sufrimiento. De nada servía resistirse, eso era algo que Leonor ya había aceptado, pues por mucho que lo intentase jamás se borrarían de su memoria. Era cierto que el paso del tiempo les había arrebatado gran parte de su poder de tormento, pero eran algo tan terrible que ni toda su vida le serviría para librarse de ellos.

Cuando aquello sucedió ella era tan sólo una inocente niña de doce años, que vivía sin temores en su apacible hogar, y el cementerio era simplemente el lugar donde encontrar a su padre cuando no estaba en casa ni trabajando en el campo.

Una noche de verano en la que el agobiante calor hacía que su cuerpo se cubriese de minúsculas gotas de pegajoso sudor que no le dejaban dormir, Leonor bajó a la cocina a buscar un vaso de agua para refrescarse, cuando observó el tenue brillo de una luz encendida en el salón. Al

acercarse con sigilo descubrió a su padre sentado en el sillón. Su rostro, teñido por una palidez extrema y con la mirada perdida, estaba contraído en una horrible mueca que parecía ser la máxima representación del terror. Su mano agarraba rígidamente un vaso lleno de coñac que parecía que se iba a derramar por los temblores que lo agitaban, pero antes de caerse, el contenido fue vaciado de un solo trago, aunque al instante fue repuesto por la botella que la otra mano sostenía con igual inestabilidad.

De pronto, ese rostro aterrorizado se volvió hacia ella y se contrajo aún más, a la vez que un grito de pánico invadía la estancia y el vaso y la botella se estrellaban contra el suelo. El sobresalto que sufrió Leonor la hizo comenzar a chillar y temblar y no paró hasta que su padre se arrodillo ante ella y la estrechó entre sus brazos. Entonces notó que la piel de su padre estaba tan caliente que parecía quemar.

- Leonor, Leonor, te quiero ...

Repetía su padre una y otra vez a la vez que le besaba la frente y las mejillas convulsivamente, lo que hizo que el nerviosismo de Leonor, lejos de disiparse, se acrecentase todavía más.

Al momento bajó su madre, alarmada por los gritos, y también quedó sobrecogida por la escena, sin saber como actuar. Los brazos de su padre liberaron entonces a Leonor para aferrarse con fuerza a su madre, que se vio envuelta en otro aluvión de besos. Fue ella quien le envió a la cama mientras salía en busca del médico.

- Tráete también al cura. – dijo él desde las escaleras.

Durante el tiempo que se quedó sola con su padre, Leonor no se atrevió a acercarse a él. Permaneció oculta entre las tinieblas del pasillo observándole tiritar bajo las sábanas con el espanto dibujado en el rostro, mientras parecía recitar una ininteligible y desesperada oración. Ella quería ayudarle, pero, ¿qué podía hacer? Lo único que la impotencia y el miedo le permitieron hacer fue unirse a las plegarias de su padre.

Su madre no tardó mucho en volver, aunque a Leonor aquel instante le pareció una eternidad. La urgencia de la situación hizo que ni ella ni sus dos acompañantes reparasen en la niña, que seguía inmóvil contemplando la escena. El médico se apresuró a tomarle la temperatura y el pulso al enfermo, pero éste se dirigió a él:

- Doctor, no creo que usted pueda ayudarme, permita que el padre se ocupe de mí, mi tiempo se acaba. ¡Padre! ¡Rápido! ¡Deseo recibir la extremaunción!

- Pero hijo, ¿porqué estás tan seguro de que el doctor no puede ayudarte? ¿Y porqué dices que tu tiempo se acaba?

- Porque he visto a la Santa Compañía, padre.

En ese momento Leonor sintió como si un vértigo descomunal le arrebatara el alma, sustrayéndola de su cuerpo y arrojándola al profundo y oscuro abismo del miedo, y se desvaneció tan solo unos segundos antes de que lo hiciese su madre.

Cuando recobró el conocimiento estaba en su cama bajo el rostro bañado en lágrimas de su madre.

- Hija mía, ¿estas bien?

- ¿Porqué lloras, mamá? ¿Cómo está papá?

Su madre la abrazó tiernamente para que la niña no viese como su llanto se hacia más intenso. Con un hilo de voz le dijo:

- Papá ahora está en el cielo.

Leonor se sintió herida, rota, indefensa ante el inmenso dolor que no paraba de crecer en su interior, ahogándola, y que por mucho que intentaba sacar fuera, no la abandonaba, sino que se hacía más gigantesco y más devastador.

- ¿De verdad que no se lo ha llevado la Santa Compañía? – Acertó a decir entre sollozos.

- No, cariño, - contestó su madre – se lo han llevado los ángeles. Ahora está con Dios.

Leonor siempre creyó las palabras de su madre, que murió a los pocos años de pulmonía, dejando a Leonor en la más triste soledad.

Lo poco que Leonor sabía de la Santa Compañía lo había oído años atrás en el relato de una chica mayor que trataba de infundir el temor en los sensibles corazones de su grupo de amigas. Los describió como una procesión de espíritus errantes que vagaban por los campos en la soledad de la noche en una peregrinación sin fin, sin que hallasen nunca el descanso ni la salvación, y que quien tiene la desgracia de encontrárselos se ve irremediamente unido a ellos.

Pero Leonor interpretó lo de unirse a ellos como unirse a ellos en la muerte, y no necesariamente unirse a su eterno deambular entre tinieblas. Por eso tenía la certeza de que su padre había ido a un lugar mejor donde encontraría el descanso que le era negado a ese desfile de almas desgraciadas. Sin embargo, la duda, la fatal, hiriente e inevitable duda, siempre acechaba en lo más profundo de su cabeza, y la peor visión que podía engendrar su imaginación, la del fantasma de su padre marchando en grupo con aquellos otros espectros malditos, acudía a su mente llenándola de desolación.

Por eso era el cementerio un lugar doblemente perturbador para Leonor, por los recuerdos que tan amargamente le hacía evocar y por el miedo que le inspiraba la idea de que una infinidad de espíritus se cobijasen entre sus sombras, errantes, perdidos, condenados, cargados de horribles intenciones y de deseos de venganza contra los vivos, observándola en todo momento, acechándola tras las lápidas, quizá esperando una noche tan negra y oscura como aquella para lanzarse sobre ella. Por eso se alegró y se sintió profundamente aliviada al alcanzar por fin la verja de la entrada y atravesarla, dejando atrás el sombrío y árido territorio gobernado por la muerte.

Su corazón parecía calmar el acelerado ritmo que había llevado hasta entonces, cuando súbitamente un relámpago iluminó el cementerio durante apenas un segundo con la misma intensidad que los rayos del sol, en ese instante Leonor descubrió que no estaba sola.

El cuerpo sin vida de Leonor fue encontrado a la mañana siguiente sin rastros aparentes de violencia, por lo que se realizó una autopsia que desveló que la causa de la muerte había sido debida a un paro cardíaco, ocasionado posiblemente por un fuerte sobresalto.

Ante estos indicios la policía dedujo que lo ocurrido aquella noche frente a la verja del cementerio fue que Leonor fue asaltada por la espalda por alguien con intención de robarla o incluso de atacarla sexualmente, y que fue ese susto lo que paró su corazón. Además, como prueba que ratificaba esta teoría, se encontró, a unos veinte metros de dónde yacía el cadáver, una cazadora de piel negra enredada entre unos matorrales, prenda que posiblemente perteneciese al agresor y que el viento le arrebató durante el ataque. Pero el propietario de la cazadora nunca fue hallado.

Ante esto, un agente de policía formuló una hipótesis que, aunque sonase extravagante, no era del todo imposible. Se le ocurrió que quizá nadie había vestido aquella cazadora la noche del suceso, y que en realidad se trataba de una prenda desechada y abandonada en cualquier montón de basura, y que, ella sola, empujada por el fuerte viento que soplaba esa noche, atravesó las calles hasta que casual y desgraciadamente fue a estrellarse repentinamente con el cuerpo de Leonor, haciéndola creer que alguien la asaltaba y produciendo así el sobresalto que la mató.

Aunque estas dos versiones del suceso fueron aceptadas públicamente como las posiblemente ciertas por la mayoría de los habitantes del pueblo cuando los periodistas que llegaron de todas partes para informar sobre aquel extraño incidente les preguntaron su opinión, en muchos corazones se ocultaba el miedo y la duda de si realmente fue eso lo que le ocurrió a aquella pobre muchacha.

Y de esta forma comenzaron a circular por el pueblo infinidad de historias fantásticas y terroríficas, nacidas del miedo ante lo inexplicable y que, alimentándose del propio terror que sembraban, se transmitían de boca en boca tan rápidamente como el fuego consume la leña seca.

En estos relatos se hablaba de fantasmas, de muertos que resurgen de sus sepulturas, de maldiciones familiares, incluso en una de ellas se decía que la fuerte tormenta que se desató esa fatídica noche y la sobrenatural oscuridad en que se vio envuelto el pueblo fue debida a la presencia del mismísimo Príncipe de las Tinieblas, que se presentó ante Leonor para proponerle un trato que consistía en liberar a su padre del eterno castigo de deambular sin rumbo junto a la Santa Compañía a cambio de que le cediese su alma, y que en el mismo momento en que Leonor aceptó este trato cayó fulminada. Otra versión aún más maliciosa afirmaba que fue la propia Leonor quien ideó ese trato y quien invocó al Maligno para que acudiese a su presencia.

Pero fue precisamente la más trágica y desoladora de estas leyendas la que fue más difundida por toda la región, haciendo que desde entonces se considerase aquellos parajes como un lugar maldito por el que nadie se atrevía a aventurarse tras la puesta del sol.

Esa leyenda contaba que lo que Leonor encontró aquella noche cuando salió del cementerio fue a la Santa Compañía que, congregados bajo el fuego de sus antorchas, la estaban esperando en silencio, y que de entre aquel grupo de espectros condenados surgió el de su padre que, dirigiéndose hacia ella, la envolvió en un último abrazo que los uniría para siempre.